

geográficas, hechas por los señores Álvarez Sereix, Pedreira, Alcántara, Bueno y Dalmau, en general baratas.

La historia general de los viajes puede obtenerse á precio módico reuniendo las siguientes obras de Julio Verne, escritas en forma amena é ilustradas con grabados: *Los grandes viajes y los grandes viajeros* (una peseta); *Los descubrimientos del globo* (4 partes, á 1'25); *Los grandes navegantes del siglo XVIII* (4 partes, á 1'25) y *Los grandes exploradores del siglo XIX* (4 partes, á peseta). En la última de éstas, el traductor, señor Fernández Cuesta, anunció la próxima publicación de unos cuadernos suplementarios en que se relatarían las aventuras de los más famosos viajeros, geógrafos, naturalistas y conquistadores de nación española, ordinariamente olvidados en los libros extranjeros, pero no menos dignos de recordación que los descubridores de otros países. Ignoro si el señor Fernández Cuesta realizó su propósito. Yo no he conseguido ver su anunciado libro.

Carecemos de una Historia de la Música española (ni general) que nos saque de apuros. Respecto de la española, no conozco más compendio que el de Soubies, y ese está en francés (dos pequeños volúmenes á 2 francos). El señor Pedrell está en la obligación de llenar este vacío. Para la historia general, todavía mejor que el librito de Lacroix (*Biblioteca popular de Arte*), sería reunir y completar las excelentes conferencias que hace

años dió en Madrid don Gabriel Rodríguez, con sus ejemplos y todo, porque sin ejemplos, de poco vale el relato. Claro es que si el señor Pedrell se decidiera á darnos también este manualito, sería miel sobre hojuelas.

Para el estudio de la historia del Arte, *La España Editorial* ha publicado una *Biblioteca Popular*, cuyos tomitos (35), con grabados, cuestan una peseta. Están hechos sobre la base de la Biblioteca Quantín (París) y pueden recomendarse sin reserva, excepto en lo referente á la Pintura española, en que sería de desear se reimprimiese la excelente historia que escribió el señor Cossio para la *Enciclopedia* de Gillman. La *Biblioteca Popular* comprende la Arquitectura, la Pintura, la Escultura, la Música, la Tapicería, el Bordado, el Mueble y la Indumentaria.

De índole análoga son: la colección de *Mono-graftias de Arte Universal* (1'60 pesetas), dedicadas á artistas de tan general renombre como Goya, Rodin, Querol, etc., y la titulada *El Arte en España*, rica en fotograbados y cuyo precio es módico (1'25 pesetas). Citaré, entre los tomitos publicados, *Velázquez en el Museo del Prado*, *Alhambra*, *El Museo del Greco*, *Goya*, etc. La casa Michaud publica una curiosa colección ilustrada de *Escritos y vida anecdótica y pintoresca de los grandes artistas*, á 2'50 francos el volumen. Un precioso libro popular de este género es el *Resumen gráfico de la historia del Arte*, publicado por la casa Du-

rán y Compañía de Barcelona (142 páginas y 360 grabados) y cuyo precio es baratísimo.

Por último, en cuanto á la historia de España, dicho queda lo que pienso de la única elemental y barata que se acerca á la deseable. Mi manualito de *Historia de la civilización española*, publicado en los Manuales Soler, no es todavía lo que necesita la cultura popular en este orden, puesto que carece de noticias de historia política, como su título hace ya presumir. Pueden utilizarse, y se recomiendan por su baratura, los tomitos de *Glorias de España*, publicados á 0'10 por la Agencia Literaria Internacional (Madrid). Para que se forme idea de ellos, citaré los títulos de algunos: *Héroes de Navarra* (Mina el mozo y Espoz y Mina), *Hernán Cortés*, *El Cid Campeador*, *La conquista de Granada*, *El descubrimiento de América*, *El primer guerrillero*, *Hernán Cortés*, *Don Francisco de Quevedo...* También son útiles para una parte de la historia contemporánea (no obstante su propósito propagandista, no científico) los folletos sobre la Guerra civil, publicados por Ná-kens.

II

Vengamos á la literatura. El obrero necesita leer buenas novelas, buenos dramas y poesías. Morato empezó á coleccionar algo de esto en su *Cultura y Arte*, pero se quedó á los comienzos.

Una lista de esta clase es muy difícil de hacer, porque hay que tener en cuenta muchas y muy variadas condiciones en la literatura recomendable á los obreros, quienes se hallan, por lo común, en un caso igual al de los niños que inician su cultura. Á título de ensayo, indicaré algunos libros, aunque no por orden gradual, y advirtiendo que los directores de lecturas, los maestros de escuelas de adultos, etc., deben estudiar, en cada caso, lo que convenga poner en manos de los lectores que piden consejo y de los alumnos. He aquí la lista:

El Quijote de los niños; *Robinson Crusoe*; *Episodios nacionales*, de Pérez Galdós, y algunas de sus primeras novelas; *Cuentos populares*, de Fernán Caballero (escogidos, porque los hay muy niños); *Escenas matritenses*, de Mesonero Romanos; *Cuentos para niños*, *Páginas rusas* (0'50 pesetas), trozos de *La guerra y la paz* y de *Resurrec-*

ción, etc., de Tolstoi; *Cuentos*, de Daudet (edición Jubera); *Corazón*, *Cuentos* y *El Tranvía* (una peseta), de Amicis; *Aventuras maravillosas*, de Poe (0'50 pesetas); *Cuentos*, de Dickens (0'50); *La Revolución francesa contada por un aldeano*, *Historia de un hombre del pueblo*, *El abuelo Lebigre*, *La Cantinera*, *Federico el Guardabosque* y *Cuentos*, de Erckmann Chatrian; algunos *Croquis americanos* (costumbres obreras), de Bret-Harte; *Cuentos* escogidos de Andersen y de Perrault (0'50); *Mis amores* (cuentos), de T. Coelho; las obras de Julio Verne; *Viajes*, de Marco Polo (0'50), y algunos otros libros de este mismo género; cuentos escogidos de Palacio Valdés (verbigracia, *Chucho ó Solo*, que son el mismo), Zahonero, Blasco Ibáñez, Oller, Pereda (de las *Escenas montañosas*), Palma (de las *Tradiciones peruanas*), Goethe (los publicados por la *Bibliothèque populaire*, de París, que debían traducirse), Auerbach, Sterne y otros muchos que sería fácil reunir en colecciones baratas (1). De Zola podrían escogerse algunos pasajes de varias novelas (no de todas) y algunos cuentos (de los menos libres), y lo mismo digo de Maupassant, quien en la mayoría de sus escritos es demasiado mundano y culto para que puedan convenir, ni aun interesar, á los lectores de quienes trato.

(1) Para completar esta lista puede utilizarse la formada por la Dirección General de Primera enseñanza para la Biblioteca circulante, sobre todo en la Sección de niños (Literatura).

La selección de los poetas es difícilísima, porque, en general, la poesía es más *erudita*, más elevada y superpopular que la prosa. Son pocos los poetas que hablan de modo que el pueblo pueda entenderlos y solazarse con lo que dicen, aunque se inspiran en ideas y sentimientos comunes á todos los hombres. La colección que Morato hizo está bien, aunque sólo toca un orden de asuntos. Para ampliarla sería preciso recurrir, en primer término, á las canciones ó cantares populares, cuya adecuación para el caso indica su mismo nombre, y luego á los escritores que por su sencillez, por su realismo ó por el fondo democrático de sus ideas, más se han acercado al pueblo; verbigracia: Ruiz Aguilera entre los españoles y Victor Hugo entre los franceses (no todo Victor Hugo, claro es).

Los poetas épicos me parecen muy á propósito para lecturas, con tal que estas lecturas las haga en voz alta una persona discreta, que elija bien los pasajes, después de resumir el argumento. Con estas dos condiciones, se me figura que interesarían la *Iliada*, la *Odisea*, la *Eneida*, algo de *La Divina Comedia* (1), *La Araucana*, *La Atlántida*, *Lusiadas* y otras obras análogas.

(1) Un excelente libro sobre esta hermosa creación del Dante, es el que acaba de publicar la casa Maucci: *La Divina Comedia de Dante Alighieri*, narrada y explicada por el doctor Gustavo La Pietra. El volumen, con láminas de G. Doré, se vende á 3'50 pesetas.

El teatro es cosa muy compleja. Muchos dramas que, representados, emocionan al público, no lograrían igual éxito leídos. De todos modos, hay que escoger los de asunto popular ó los sentimentales de cierto género. Los clásicos griegos, ingleses (Shakespeare), alemanes (Schiller, Lessing, Goethe), españoles (Lope, Calderón, Tirso), etcétera, difícilmente lograrán interesar, á no leerlos—después de mucho escoger—persona muy experimentada en cuanto á los gustos del pueblo (1). Lo que me parece de éxito seguro (y podría ser una preparación para lecturas posteriores) es el relato de los dramas en forma de cuento, á la manera empleada por Carlos Lamb con el teatro de Shakespeare. El ensayo que de estos cuentos hice en algunas de mis lecturas de Extensión universitaria, dió muy buen resultado. Afortunadamente, ya poseemos en lengua española libros compuestos según ese criterio. La iniciativa se debe al editor Araluce, ya citado, quien apoyándose en una colección inglesa de libros infantiles, que para muchos adultos es utilizable, pero ampliándola con tomos de asuntos españoles, ha comenzado á publicar la mejor serie de libritos de lectura que por el fondo y por la forma existe hoy en nuestra librería. La serie se titula *Las obras maestras al alcance de los niños*, pero repito que

(1) Véase lo que sobre estas lecturas digo en el número III de este mismo capítulo.

podiera añadirse «y de muchos adultos». Los tomitos que la forman, de más de cien páginas, con excelentes láminas en colores, cuestan, encuadrados, 1'50 pesetas.

Véanse algunos asuntos: *Historias de Dante*, *Historias de Shakespeare*, *Historias de Guillermo Tell*, *Historias de Calderón de la Barca*, la *Iliada*, *La Canción de Rolando*, *Aventuras de don Quijote*, *Historias de Wágner*, etc.

Lo que de los dramas digo, puede decirse también de las comedias, aunque sean antiguas, y probablemente con mayor seguridad. Mediante ligerísimos arreglos, Plauto, verbigracia, gustaría casi siempre.

Viniendo á las colecciones para adultos citaré, para el objeto de formar una biblioteca literaria barata de novelistas, poetas y dramaturgos, los volúmenes 3, 5, 8, 9, 10, 11, 12, 19, 22, 23, 26, 36, 41, 83 y 91 de la ya mencionada *Biblioteca Selecta* (Valencia, 0'50 pesetas); 1, 6, 7, 8, 10, 16, 17, 18, 20, 22, 24, 26, 30, 48, 51, 52, 54, 62, 64, 65, 66, 75, 89, 97, 107, 113, 118, 124 y 138 de la *Biblioteca Universal* (0'50); 63, 34, 60, 70, 72, 79, 80, 86 y 89 de la *Colección Diamante* (Barcelona, 0'50); casi todos los de la *Biblioteca económica de clásicos castellanos* (dos francos volumen) que publica la casa Michaud de París, y entre los cuales apunto *El cantar de Mio Cid y el Romancero del Cid*, *Obras poéticas de Góngora*, *El diablo cojuelo*, de Vélez de Guevara), *Los Sueños*, de Quevedo, *Libro de*

Buen amor, del Arcipreste de Hita, etc. (1); los de la *Biblioteca económica de clásicos universales* de la misma casa y á igual precio, en que se han publicado obras de Homero, Luciano, Valmiki (*El Ramayana*), Cicerón, Julio César, Ovidio y otros grandes autores; la serie de *Autores selectos*, también de Michaud (Flammarion, Constant, Cirano de Bergerac, Madama de Lafayette y otros novelistas ó autores de fantasías), y su *Enciclopedia literaria ilustrada* (2 francos volumen), que comprende Grecia, India, poetas y prosistas latinos, Noruega, Persia, Novela alemana, Teatro italiano, Teatro español, etc.; la colección Nelson en castellano, cuyos elegantes tomitos se venden encuadernados, á 1'25; la *Biblioteca Mignon*, á 0'75 (55 volúmenes); la *Biblioteca popular ilustrada* (de *La Ultima Moda*, Madrid), la más barata de todas, puesto que sus tomitos, en que hay obras de Cervantes, Dumas, Jovellanos, Moratín, Feyjoó, Goethe, Ramón de la Cruz, Chateaubriand, Guevara, etc., sólo cuestan 0'10 pesetas (2); y en fin, las dos bibliotecas de novelas tituladas *La novela*

(1) En esta colección hay algunos tomos de asunto histórico, verbigracia, *La destrucción de las Indias*, del P. Las Casas, y la *Conquista de Nueva España*, de Díaz del Castillo.

(2) La misma casa editorial publica una colección de comedias y dramas (*La Comedia semanal*) á 25 céntimos el cuaderno. Entre las dadas á luz figuran de Martínez de la Rosa, Zamora, Calderón, Moratín, Beaumarchais, Feuillet, Giacometti, Girardin y otros autores modernos y antiguos.

ilustrada y *La novela de ahora*, que á precios baratísimos han popularizado obras de Zola, Conan Doyle, Thackeray, Goncourt, Lotti, Dickens, Merimée, Daudet, Hope, Maine Reid, Dumas, Tolstoy y otros novelistas modernos no tan recomendables literariamente.

La *Colección de clásicos castellanos* que edita *La Lectura* (Madrid), y la muy conocida *Biblioteca clásica*, de abolengo antiguo, aunque muy recomendables y muy nutridas de grandes autores, son de precio algo mayor que el generalmente escogido como máximo en estas notas (3 pesetas volumen). La de *Obras maestras de la Literatura universal*, que publica *Renacimiento* (Madrid), vende sus volúmenes, en rústica, á 2 pesetas, y encuadernados, á 2'50.

Terminaré citando las *Antologías* ó colecciones escogidas de trozos literarios (y á veces de obras completas, si son cortas), de mucha utilidad para el gran público y para los que quieran estudiar una literatura cualquiera, pues sabido es que ya no se explica en ninguna parte literatura sin mucho ejemplo y casi haciendo basar el curso principalmente en la lectura de trozos escogidos y característicos, que dan infinitamente más idea de un autor ó de un género que las mejores explicaciones teóricas ó eruditas.

La mayoría de esas *Antologías* son, por desgracia para nuestro caso, algo caras en relación con el público á que nos referimos. Citaré no obs-

tante algunas de autores españoles, como las hechas por Menéndez Pidal y Campillo; las *Lecturas* de Navarro Ledesma; la colección de trozos escogidos de S. Gräfenberg y la original colección de textos castellanos hecha por la señorita V. Paraire y el señor G. Rimey y titulada *La patria española (El país y los habitantes pintados por escritores españoles modernos)*, que ha editado la casa Colín, de París.

Entre las *Antologías* baratas (ya he citado antes dos de Morato) mencionaré *Las cien mejores poetas líricas de la lengua castellana* (una peseta), *Les cent millors poetes de la llengua catalana* (mismo precio); algunos tomitos de la *Biblioteca Universal* (0'50) que tienen aquel carácter (verbigracia los de Romanceros, los de poetas del siglo XIX) y las *Leyendas de oro* y *Amorosas* de Llorente, publicadas en la *Biblioteca Selecta*, de Valencia.

No hay para qué decir que en las publicaciones á peseta de los editores Tasso, Jubera, Maucci, Sempere, *Renacimiento* y otros, pueden espigarse muy bien numerosas obras literarias que añadir al catálogo utilizable para los obreros.

De lo que carecemos, por desgracia, es de un manualito breve y barato (como los de Soler ó un poco más) de Historia de la literatura española (1). De las demás literaturas algo ha hecho

(1) El mejor Manual de esta materia que hoy tenemos, es

La España editorial de Madrid, imitando sin duda los excelentes *Manuales* de Hoepli (1). En tomos de una peseta (la serie entera se titula *Todas las literaturas*) ha dado en efecto casi todas las literaturas antiguas y gran parte de las europeas modernas, más la norteamericana. También figura en la serie la española (dos tomos); pero creo preferible el *Manual* de H. Giner de los Ríos (Madrid, 1899), que si es algo más caro, tiene la ventaja de dar trozos escogidos de casi todos los autores.

III

Cinco años de experiencia con los obreros (desde 1898, en que empezó la Extensión universitaria) creo que son bastantes para dar cierta autoridad á una opinión que se limita á deducir de los hechos su ley dominante.

Mi opinión se resume en esto: las dos formas de enseñanza que convienen más á la masa obrera y que ésta recibe con mayor interés, son el *curso*

el de Fitzmaurice Kelly (edición castellana de 1913); pero cuesta 8 pesetas.

(1) El mismo carácter—á más de los extractos de obras—tiene la selección de Michaud ya citada.

breve, familiar é intensivo y las *lecturas* de obras maestras, científicas y literarias. De los cursos he hablado ya en otra ocasión (en el periódico gijonés *El Noroeste*), y me limitaré á resumir lo dicho para quienes lo ignoren.

Condiciones fundamentales del curso son: que se haga con un número reducido de alumnos constantes en la asistencia, que se tome por base de él un librito elemental que el obrero pueda leer y entender á solas, y que tenga un carácter muy realista (de *lecciones de cosas*, hasta donde sea posible). La base del libro es insustituble, si la enseñanza ha de dejar rastros. Por fortuna, va habiendo ya en España manuales sencillos y de poco precio, que sirven á este fin (verbigracia, muchos de las colecciones de manuales enciclopédicos antes citadas). Cuando no exista libro á propósito para la enseñanza que se pretende, hay que recurrir al sistema de los resúmenes impresos ó *syllabus*, como los que hizo la Extensión universitaria ovetense (1), por ejemplo: la serie de los de Derecho internacional, que redactó el señor Sela y forman un tratadito claro y muy completo; los de Botánica, del señor Martínez; los de mi curso de Historia de España, en La Felguera. No se puede pretender que el alumno obrero tome apun-

(1) Se venden á 5 y 10 céntimos, según el número de páginas, en Oviedo, Librería de Martínez. Hay publicadas 24 series, sobre diferentes asuntos de Economía, Sociología, Historia, Derecho, Literatura y Arte.

tes en la clase. Se lo impiden lo falta de costumbre de este género de trabajo (nada fácil si ha de estar bien hecho, es decir, de modo que sea útil), y la falta de tiempo, después de la clase, para corregir y, tal vez, poner en limpio los apuntes (1). Hay, pues, que dárselos hechos y, si es posible, no con posterioridad, sino con anterioridad á la explicación, para que vaya á ésta con cierta idea previa del asunto.

Los cursos necesitan, como es natural, profesor, que en todos los países (no sólo en el nuestro) es, casi siempre, un *profesional* de la Enseñanza. Por el contrario, las lecturas permiten, en muchos casos, el empleo del sistema mutuo, ventajosísimo por muchos conceptos. Consiste ese sistema en que los mismos obreros se sirvan unos á otros de profesores ó directores, cosa que ya se usa, para ciertas enseñanzas, en algunos centros. Veamos cuál debe ser su organización.

El obrero tiene poco tiempo para leer, en la mayoría de los casos. Posee pocos libros, no alcanzando su presupuesto de cultura á muchos dispendios. Aunque tenga tiempo y libros, es seguro que hallará no pocas obscuridades en la lectura, ya porque encuentre palabras y giros nuevos para él, ya porque el pensamiento del

(1) Sin embargo, en algún curso de los de Extensión universitaria de Oviedo (el de Botánica, del señor Barras) los alumnos obreros redactaron diario de clase.

autor no esté lo suficientemente claro para ser comprendido desde luego. Á estas tres cosas pone remedio el sistema que he recomendado más de una vez en los centros obreros de Asturias, y que la Extensión ha puesto en práctica.

En primer lugar, hay que aprovechar las pocas horas (una ó dos diarias) de que el obrero puede disponer, por lo común, para su cultura, y destinar parte de ellas á leer, para que no tenga que buscar horas suplementarias, robadas al descanso. Estableciendo en esto una regularidad, el obrero metodiza su vida y se acostumbra á leer ú oír leer, venciendo la natural pereza. Sabiendo que tales días, á tales horas, se leerán en tal parte capítulos ó trozos de un libro escogido, el obrero acudirá, mucho mejor que si se le dice simplemente que á tales horas está abierta la biblioteca del Centro, del Instituto ó de la Universidad. La lectura debe hacerse en grupos de unos cuantos, de modo que sirva á todos, que todos oigan bien y que puedan interrumpir pidiendo explicaciones sin armar barullo.

En segundo lugar, la biblioteca social ó pública y la particular de cada agrupado vienen á completar los vacíos, á veces inevitables (obras caras), de la mayoría de los individuos. Para esto, las bibliotecas públicas (del Estado ó de Sociedades no obreras) deberían establecer el sistema *circulante* ó de préstamo de libros, muy general ya en el extranjero y en España implantado, con resultados

excelentes, por el Museo Pedagógico Nacional. Es lástima que muchas obras maestras, de las que pueden proporcionar al obrero ó conocimientos científicos importantes, ó ratos de placer estético inefable, no pueda él disfrutarlas siempre por carencia de medios para su adquisición. La mutualidad, el compañerismo, exigen también que el obrero que por su especial situación ha podido adquirir libros que los otros no poseen, los ponga á disposición de éstos, cuando menos, en la forma de lecturas hechas por él mismo.

Por último, el sistema de lecturas en alta voz para un grupo de aficionados, provee á la necesidad de explicación que muchos (la mayoría) tienen. El de más cultura del grupo y el que lea mejor, vocalizando bien y dando sentido á las frases, debe hacer de lector. Con esto enseñará, ante todo, *á leer bien* á los compañeros. Además, cuando éstos pregunten sobre el significado de una palabra, sobre el alcance de una idea, podrá explicarlos, rompiendo con la mala costumbre de leer *por máquina*, entendiéndose ó no lo leído, cosa frecuente en obreros y no obreros. Leer no es sólo saber las letras y pronunciar las sílabas y palabras; es, sobre todo, darse cuenta de lo que significan, sin lo cual, la utilidad y el placer que pueden producir los libros quedan reducidos á una mínima expresión.

Deben escogerse para las lecturas obras ó trozos amenos, sugestivos, que aunque sean de cien-

cia, cautiven por su belleza. Los hay, por fortuna. Muchos naturalistas, muchos geógrafos, muchos viajeros é historiadores, han sido á la vez escritores excelentes, y á ellos hay que recurrir, en la seguridad de que su manejo dará buenos resultados. En la segunda enseñanza francesa, hay libros formados con párrafos escogidos de geógrafos (*Lecturas geográficas*) y de historiadores (*Lecturas históricas*). Cosa igual podría hacerse en España, y ya hemos visto que algo de esto comienza á haber entre nosotros.

No deben desdeñarse las obras puramente literarias, antes al contrario. Responden á una necesidad de nuestro espíritu que conviene cultivar; son un excelente vehículo para aficionarse á leer y una buena preparación para cosas de otro carácter; además, con motivo de su lectura se puede hablar de muchos asuntos científicos, sociales, jurídicos, etc. Mi experiencia en este punto es concluyente. Se puede leer á los obreros lo más elevado de la literatura (Shakespeare, por ejemplo), en la seguridad de que lo entienden y les gusta.

Para las escuelas primarias de Puerto Rico, un español de gran cultura, benemérito por muchos conceptos—don Manuel Fernández Juncos—, auxiliado en parte por la señorita Isabel K. Macdermott, ha redactado una serie graduada de libros de lectura que son una preciosidad y que fácilmente podrían ser aquí imitados. El libro

cuarto, que tengo á la vista, forma un volumen de 311 páginas, con excelentes grabados, y contiene escritos en prosa y verso de Andersen, Palmer, Trueba, Walter Scott, Alarcón, Giner de los Ríos, Longfellow, Balart, Sierra, Pi y Margall, Moratín, Heredia, Grimm, Revilla, Castelar, Franklin, Tyndall, Bello y otros muchos autores. Una colección semejante sería lo más propio para empezar las lecturas de un grupo de obreros (1). Mientras llegue el día en que se haga, la colección la puede formar por sí, saltando de libro en libro, cualquier persona inteligente que conozca lo principal de la literatura. Para esto podrán ser útiles las notas bibliográficas que van incluídas en los anteriores artículos.

Y no se olvide que las *lecturas* atraerán casi siempre al obrero más que las *conferencias*.

Lo que acabo de exponer como ensayo ó como ideal que debe realizarse, es práctica muy extendida ya en Inglaterra, como averigué algún tiempo después de escribir lo que antecede en el citado folleto *Lecturas para obreros*.

Como en todas partes, en Inglaterra venían notando los amigos de la cultura que el hombre más entusiasta y mejor intencionado pierde mucho tiempo y trabaja sobre materiales muchas veces inútiles, si carece de un guía experimentado

(1) Véase la cita de algunas antologías análogas, en la página 76.

que le escoja los libros que debe leer ó en que debe estudiar. Este defecto se observa, sobre todo, en los obreros y personas de escasa instrucción que deseaban ampliar la que tenían. Pero como los ingleses son prácticos, no se contentaron con advertir el defecto, sino que se apresuraron á remediarlo. Para esto, en 1889 se creó una Sociedad complementaria de los cursos de Extensión universitaria, con el exclusivo fin de guiar en sus lecturas á los alumnos de ésta. De dos medios principalmente se sirve esta sociedad: los llamados «círculos de lectores» y la publicación de una revista que constituye una guía bibliográfica.

Los «círculos» ó grupos de lectores se reúnen bajo la dirección de un jefe ó presidente, quien se encarga de orientarles en punto á los libros que les conviene leer para tal ó cual asunto ó cuestión. La revista publica listas de libros escogidos, con explicaciones y comentarios acerca de la materia y condiciones de cada uno. En cada tema de estudio se prescriben tres colecciones de obras: los *indispensables*, que todos los individuos del círculo se comprometen á leer; los *recomendados*, que sirven para ampliar los conocimientos, y los de *consulta*.

Una de las secciones de la Sociedad está dedicada especialmente á los obreros (hombres y mujeres) y tiene por fin iniciarlos en la lectura sistemática, sobre la base de libros amenos y sencillos. Otra sección es la de jóvenes del pueblo, y

se divide en tres grupos ó grados, que sucesivamente leen libros de Historia Natural vulgarizada, de instrucción cívica y de literatura (poesías y cuentos escogidos). La misma sociedad se encarga de procurar, muy baratos, los libros indispensables, de modo que el gasto general que al año viene á tener cada lector, es llevadero para todas las fortunas. La revista es también baratísima (1).

Y ahora digo yo á los obreros y á los amigos de los obreros: ¿No podríamos solemnizar en España cualquier 1.º de Mayo, el más próximo, con la inauguración de una Sociedad semejante?

IV

Las bibliotecas sociales de obreros, y en general todas las de índole popular, encierran, aparte los ya referidos, otros problemas. Voy á tratar de uno de ellos que directamente se relaciona con el tema de las lecturas.

Todo Centro, Círculo ó Sociedad obrera, apenas creado, piensa en su colección de libros, pe-

(1) Véase más adelante, la cita de otra análoga que publica el Museo Pedagógico de París.

riódicos y revistas, y acude á los amigos para que regalen obras. Muy bien, muy plausible; pero ¿y los lectores?

Si las bibliotecas de carácter popular publicaran estadísticas de lectores, se vería cuán escaso es el número de ellos. Los intelectuales de la clase obrera saben bien cuán lentamente responde á sus esfuerzos por la cultura la masa de los trabajadores manuales. ¿Deberemos indignarnos por este hecho? ¿Con qué razón? Si la clase media, criada en tradiciones de intelectualismo, hace poco uso de las bibliotecas públicas, ¿cómo ha de extrañarnos que los obreros, que carecen de tal tradición, sean perezosos en utilizar ese instrumento de cultura? ¿Habrà, pues, que negar libros al proletariado? No. Lo que procede es *hacer* lectores, es crear el público.

La raíz de la afición á leer ha de venir de la escuela; está ligada íntimamente á la buena organización de las clases primarias, á la buena metodología, auxiliada por la institución de las bibliotecas especiales para niños, que en Norte-América se han desarrollado extraordinariamente (1).

Pero mientras la enseñanza primaria (de niños y de adultos) llega á ser entre nosotros lo que debe ser, hay que pensar en medios subsidiarios,

(1) Su primer ensayo oficial en España lo ha hecho en 1913 la Dirección General de Primera enseñanza en la tan discutida Biblioteca circulante. El Museo Pedagógico Nacional también tiene en la suya sección para niños.

aplicables, sobre todo, á los obreros adultos, sepan ó no leer: si no saben, para hacer surgir en ellos la necesidad de aprender la lectura; si saben, para perfeccionarlos en su uso (porque la escuela seguramente les dejó muchos vacíos, y aun en las naciones más adelantadas la educación postescolar es indispensable) y para aumentarles ó para crear en ellos (pues no todo el que *puede* leer lee) la afición á los libros.

El principal de esos medios subsidiarios es la lectura en alta voz de que ya he hablado, hecha por persona que vocalice bien, que dé sentido á las frases y que pueda contestar á las preguntas que le dirijan los oyentes en punto al significado de las palabras raras ó nuevas ó el pensamiento del autor. No olvidemos que muchas veces el aburrimiento de los libros nace de la dificultad en leerlos de corrido y enterándose de lo que dicen, y que es también un vicio muy común el contentarse con una interpretación aproximada, deducida del contexto general de la oración cuando en ésta hay una ó más voces cuyo significado exacto no se conoce. Lo discreto sería acudir al Diccionario; pero el 99 por 100 de los lectores, niños y adultos, no lo hace así y ni siquiera pregunta á los que supone mejor enterados. Con esto se pierde á menudo la idea capital de una frase, ó cuando menos, mucho del encanto artístico de la expresión. Quien tenga que leer deletreando ó silabeando (¡cuántas veces habréis oído leer así el

periódico en un círculo de trabajadores, en la hora del almuerzo ó la comida), ó ignorando la acepción de la mayoría de las palabras, no leerá sino en casos extremos, cuando la curiosidad le espolee mucho, y ese no será de los que utilicen las bibliotecas populares. Á ese hay que leerle para que los libros le sean de provecho y para que, oyendo á un buen lector, se le excite la gana de imitarlo.

Estas lecturas á que me refiero pueden hacerse en todas partes. Principalmente se deben hacer en los centros obreros, y la Extensión universitaria y demás instituciones postescolares tienen en ellas un medio fácil y utilísimo de cultura, como ya he indicado antes. Muchos hombres de buena voluntad, que gustosos ayudarían en esa obra, se retraen por temor de no saber explicar una conferencia ó de organizar una serie de lecciones; pero leer bien, es seguro que la mayoría sabe hacerlo. Que escojan libros notables, de amena literatura, de cuestiones económicas, de ciencia popular, de Historia, de viajes, y lean capítulos, párrafos seleccionados, escenas que por sí mismas formen un todo. ¡Qué sesiones tan animadas, tan agradables, pueden nacer de aquí! ¡Qué cebo tan poderoso para que el obrero que se ha deleitado escuchando, se mueva á continuar personalmente la lectura de aquel libro! Probad á dejarlo allí, en la biblioteca del Centro, después de haber hecho sentir alguna de sus bellezas ó de

comprender alguna de sus verdades: él hará su camino; tendrá lectores.

Para que el resultado sea más eficaz, debe recomendarse la lectura ante pequeños grupos. No es preciso excluir las que se hacen ante grupos numerosos; pero aquellas otras serán siempre más fructíferas, porque la comunicación entre lector y oyentes se establece en ellas de un modo más rápido y familiar, y éstos se atreverán mejor á interrumpir con preguntas, cosa á que, por de contado, hay que excitarles, para que nada pase sin ser bien comprendido. Media hora de lectura de un buen libro y la conversación que tras ella puede sobrevenir harán casi siempre más por la cultura del obrero que una conferencia brillante de una hora.

Estas lecturas, en fin, reúnen la ventaja grande de poder ser hechas por los mismos obreros, es decir, de organizarse por el sistema mutuo. Los más ilustrados, los de mejor sentido, los de lectura más vasta, reúnen á unos cuantos de sus compañeros, les leen trozos del *Quijote*, de Tolstoy, de Galdós, de Erckman-Chatrian, de Reclús, de Laveleye, etc., etc., y les resuelven las dificultades de comprensión familiarmente, como entre amigos, sin el obstáculo del reparo que siempre se tiene con personas ajenas al círculo usual de relaciones.

Haciendo esto en gran escala y en todas partes, es seguro que se llegarán á formar núcleos

numerosos de aficionados á la lectura, y entonces las bibliotecas populares no serán depósitos muertos de libros que pocos hojean, sino centros vivos de cultura.

* * *

La publicación por primera vez de los anteriores párrafos en *Heraldo de Madrid*, años hace, produjo un doble efecto práctico. Por una parte, su idea capital fué acogida en varias localidades por los obreros y por los hombres que aman la cultura popular, y á juzgar por las manifestaciones de que tengo conocimiento, ya deben haberse ensayado las lecturas en varios centros y bibliotecas. Por otra parte, la afirmación general que hice en punto á la escasez de lectores provocó el envío de algunas estadísticas interesantes, que he procurado aumentar con varios interrogatorios.

Y como en estas cosas—en otras muchas también—el ejemplo tiene una eficacia enorme, me parece de grandísima utilidad dar á conocer esas estadísticas, que en unos casos confirman mi aseveración, pero en otros señalan excepciones que despiertan grandes esperanzas y desvanecerán algunos pesimismo.

Comienzo por la Biblioteca popular que tiene establecida en Valencia el Ayuntamiento, y que, según me dicen, débese principalmente á la iniciativa y tesón del concejal obrero don Joaquín

García Ribes. Esa Biblioteca funciona desde hace veintitún meses y cuenta ya con 4.000 volúmenes de obras modernas.

Su estadística durante el año 1907 arroja un total de 16.837 libros servidos, de los cuales 4.344 son de literatura en general; 3.610, novelas; 1.394, de los *Episodios nacionales*, de Galdós; 1.394, de la *Colección Diamante*; 916, de Historia; 915, de ciencias y Astronomía; 796, diccionarios; 651, referentes á instrucción pública; 617, de bellas artes; 438, de los manuales Soler; 194, de socialismo y anarquismo, etc.

La cifra menor está representada por 21 libros de agricultura y horticultura. La estadística especial del mes de Febrero último consigna 1.490 obras leídas, que se distribuyen así: en días festivos, por la mañana, 66; en días laborables, por la mañana, 395; en días laborables, por la tarde, 687; en días laborables, por la noche, 342. Estas cifras indican que el público de la Biblioteca popular no es exclusivamente obrero.

En 1908, el total de libros servidos subió á 22.720, de los que 7.244 fueron novelas; 1.774, diccionarios; 1.344, obras de Historia; 4.391, de literatura general; 1.362, de instrucción pública, y 1.933, de *Episodios nacionales*.

En Santander, la iniciativa del alcalde, don Luis Martínez—á quien tanto debe ya la cultura del pueblo santanderino—, secundada por algunos señores de los que con más amor alientan y

dirigen el novísimo resurgimiento del espíritu montañés á la vida de la inteligencia, ha creado otra Biblioteca municipal, abierta al público hace pocos meses. La estadística de Febrero dice que acudieron en total 1.487 lectores (un promedio, pues, en los veintinueve días, de 62), á los cuales se sirvieron 1.488 obras. La asistencia es mayor los días laborables; en los festivos disminuye en un 40 ó 50 por 100, lo cual muestra que—quizá por incompatibilidad de horas—los obreros no acuden todavía en gran número. Respecto del género de las obras leídas, se repite el hecho bien conocido de predominar las de literatura (el 65 por 100). Siguen las de Historia (217) y las de ciencias físicas y naturales (107). Los autores más favorecidos fueron: Galdós, Pereda, Cantú y Maine Reid. De los montañeses, después de Pereda, Menéndez y Pelayo.

En Asturias hay algunas Bibliotecas populares. La que tiene en Oviedo la Sociedad de Amigos del País, cuyo público debiera ser principalmente obrero, está poco concurrida, tal vez porque sus naturales lectores se ven más solicitados por la del Centro de Sociedades obreras. Muy en los comienzos ésta, sólo poseía 500 volúmenes en 1908 (1) y sus habituales concurrentes no solían pasar de 300 al mes (unos diez al día).

(1) Con posterioridad, el número de obras ha crecido bastante.

La cifra es sobrado corta, y aun parecería más si se comparase con el número de socios inscritos en el Centro (unos 1.000); pero hay que observar que la mitad de esos socios viven en las afueras, á distancias de la ciudad que explican su retraimiento. Queda, no obstante, un número de consideración, entre quienes hay que ejercer activamente la propaganda de la lectura, con la seguridad del mismo éxito conseguido en la de las conferencias y lecciones.

El Ateneo casino obrero de Gijón reunía en 1908 cerca de 900 volúmenes en su Biblioteca, que es circulante. El número habitual de lectores oscila entre 120 y 150. Los literatos (en especial novelistas) españoles, franceses, rusos, italianos é ingleses, contemporáneos casi todos, son los preferidos. Un grupo reducido de lectores acude principalmente á las obras de Sociología y Economía, en particular las de tendencias socialistas y anarquistas. El préstamo está organizado de un modo ingenioso y sencillo para tener siempre á la vista el número, clase y destino de las obras prestadas. Aparte dos libros registros (alfabético de autores y de títulos), se usa un fichero colgado en la pared, en que constan los nombres de los socios que poseen libros de la Biblioteca y el número de orden y título de éstos, en tacos que se renuevan á medida que se verifican las entregas y devoluciones.

Esta biblioteca crece rápidamente merced á

compras numerosas dentro de sus medios y á donativos de algunos amantes de la cultura popular, y el número de sus lectores aumenta también de modo halagüeño. Así puede verse en las noticias y estadísticas que publica la *Revista del Ateneo*, editada por aquella sociedad (4.^a época. 1913).

En Ciaño Santa Ana unos cuantos obreros, muy pocos en número, tuvieron el arrojo altamente simpático de asociarse para fundar con sus solas fuerzas, sin subvención alguna, una Biblioteca popular. Han alquilado una planta baja, que amueblan algunos bancos, un armario para los libros, una pizarra y una plataforma con mesa. Allí dan, ellos mismos, clases elementales de varias materias; allí se reúnen para leer, y es hecho digno de ser notado—por lo que corrobora mi tesis de la necesidad de *hacer lectores*, ante la insuficiencia de la simple excitación teórica—que el número de éstos en la Biblioteca de Ciaño sube en los períodos en que se dan allí conferencias de extensión universitaria y decrece en cuanto éstas terminan; es decir, que mientras dura el excitante intelectual, que llama la atención sobre cuestiones científicas, sociales, literarias y sugiere ó recomienda la consulta de tales ó cuales libros, el público siente deseo de leer, y cuando el excitante desaparece, no halla en sí la mayoría bastante incentivo para acudir á la Biblioteca.

Insisto, pues, en la necesidad de que nos pre-

ocupamos de la formación del público para esas Bibliotecas populares, y especialmente para las obreras. Sin parecerme mal, como ya he dicho, que se lea mucha literatura—la función educativa del arte es incontrovertible y sólo los espíritus ligeros, aunque parezcan *científicos*, pueden menospreciarla—, es indudable que conviene inclinar á los obreros á que lean con más frecuencia libros de otro carácter. Para ello es preciso irles mostrando la utilidad de esos libros, haciendo nacer en su espíritu el vivo interés que despiertan en cuanto se comprende la realidad de las cuestiones que estudian y su entronque con las que preocupan en la vida diaria ó importan para ésta, y hay también que escogerles esos libros, publicando listas depuradas (si fuera posible incluso un boletín bibliográfico con el tipo excelente del que se publica en París con destino especial á las Bibliotecas populares, para lo cual podría acudir-se á la federación de todas las que existen en España), aconsejando á los lectores, graduándoles el alimento y evitando que se aburran con autores oscuros, difíciles de entender ó desmañados en la exposición; toda una obra de tutela, que brinda á nuestra juventud intelectual—á la que, á más de inteligencia, tiene corazón—un campo inmenso de cooperación eficacísima en una de las acciones sociales más necesarias y de mayor fruto.

V

Quiero poner fin á este tema con algunas consideraciones que se dirigen á los libreros de España, y en general á todos los que emprenden publicaciones.

Siempre que se habla de empresas editoriales, sostengo la misma opinión: libros baratos, revistas baratas. Me apoyo en argumentos cuya fuerza no creo desconozca nadie. En primer lugar, los grandes negocios son siempre los del céntimo: díganlo los tranvías y el resultado que en Inglaterra dió el abaratamiento del franqueo de cartas. En segundo lugar, un país como España, en que por las dificultades de la vida económica y la manera de concebir el presupuesto individual y familiar, la partida destinada á cultura es, casi siempre, muy modesta, no ofrece mercado para publicaciones caras. En tercer lugar, el afán del saber, que en el siglo XV era patrimonio exclusivo de la aristocracia y el clero, hoy es sentido, principalmente, por los obreros y la burguesía inferior, es decir, la gente de menos recursos. Si no queremos desperdiciar esa fuerza espontánea,

que es, en gran medida, nuestro «fondo de reserva» para el porvenir, hay que ayudarla facilitándole los medios de instrucción, entre los cuales el libro y la revista son, en muchos respectos, insustituibles. Aun los mismos profesionales son en España—por consecuencia del escaso aprecio que aun hacen, sociedad y Estado, del trabajo intelectual—semiproletarios, y á veces proletarios del todo. No es preciso recordar á los maestros de escuela; los profesores de segunda enseñanza y los universitarios, los escritores, los periodistas, etc., etc., cobran, en una gran mayoría, sueldos que no bastan para cubrir las urgencias de la vida material; y ellos precisamente son quienes más necesitan comprar libros, en España sobre todo, porque ya sabemos cómo están nuestras bibliotecas públicas, sustitutivo imposible del esfuerzo privado.

Por todo lo dicho y otras razones análogas que el discreto lector, sin duda alguna, adivina, en España lo necesario (y editorialmente lo productivo) son las publicaciones al alcance de todas las fortunas. Á veces un hombre generoso (de los que no faltan), resuelto á arriesgar unos cuantos miles de pesetas en papel impreso, idea una revista. Y yo veo, con miedo y con pena, que siempre se decide por una revista mensual, de muchas páginas, de precio elevado para la mayoría de nuestro público. El ejemplo de muchos semanarios ingleses, italianos, alemanes; de la célebre

Revue bleu, de *L'Européen*, de las mismas publicaciones ilustradas españolas (*Blanco y Negro*, *Por esos mundos...* etc.), no les atrae, no pesa en sus decisiones. Y sin embargo, eso es lo que nos hace falta y lo que acabaría por arraigar en firme. Bien sé que esta empresa requiere más capital que el de las revistas mensuales, porque necesita un número mayor de suscripciones para defenderse, y ha de esperar más tiempo á que el público se haga cargo de la novedad y á ella se habitúe. Pero á quien esté decidido al riesgo, lo mismo debe darle este que otro, y en cambio, si el negocio editorial resulta, es mucho mayor.

La revista semanal, pequeña, tiene otras ventajas. Su contacto con el público es más frecuente, más íntimo; puede seguir mejor la actualidad palpitante; se presta menos á los artículos *latos*, á las novelas enfadosas é interminables. Toda la cuestión estriba en hallar un director que, como los *editores* ingleses y yanquis, no escriba ó escriba poquísimo, pero dirija, componga, vigile el periódico.

Todavía en materia de libros (con ser tanto lo que se ha hecho para democratizarlos, según se ha dicho antes), hay bastante que andar. Una gran parte de los que conviene que estén en todas las manos, en todas las bibliotecas, pueden imprimirse (porque no pagan derechos sus originales) á precios reducidísimos, á 0'25, como los tomos de la *Bibliothèque nationale*, de París; á 0'10,

como la *Bibliothèque populaire*, de H. Gautier; la colección *Les meilleurs livres*, de Fayart y Compañía (París) (1), y las de *La Ultima Moda*, de Madrid. Ese es el camino, y pocas obras más democráticas, más civilizadoras que esa podrían aconsejarse en el orden de la cultura popular.

(1) Estas dos colecciones publican obras de los más afamados escritores de todos los tiempos y países: griegos, latinos, franceses, alemanes, ingleses, italianos, españoles, rusos, etcétera, en folletos de 32 págs. la primera y 62 la segunda.